

L. DE LA CRUZ
ANTONIO RUMEU DE ARMAS

Gonzalo M. Pavés

La espléndida colección editada por la Viceconsejería de Cultura y Deportes, presentó en el curso del pasado año 1997 la obra monográfica escrita por Antonio Rumeu de Armas dedicada a uno de nuestros más ilustres pintores: Luis de la Cruz y Ríos. Este trabajo constituye la trigésima entrega dentro de la serie patrocinada por el Gobierno de Canarias bajo el título genérico de «Biblioteca de Artistas Canarios». En una iniciativa sorprendente y digna de las mayores alabanzas, desde esta institución se ha pretendido difundir, dar a conocer el panteón de hombres ilustres de nuestro arte, dedicándoles extensas monografías en las que se abordan sus vidas y sus obras en textos que reúnen la exquisitez del diseño, el rigor de sus estudios y la reproducción de las obras con una calidad envidiable.

A pesar de haber sido un privilegiado testigo de la sociedad de su época, la historiografía del arte tenía una deuda pendiente con este artista canario. Su figura había sido objeto de atención sólo a través de la publicación de artículos puntuales y algunos trabajos presentados en diferentes congresos, pero sin embargo, desde hacía mucho tiempo se echaba en falta la publicación de un trabajo monográfico que, con exhaustividad, tratase de abordar la difícil tarea de examinar la ingente producción de este importante pintor .

En esta ocasión, el encargo de presentarnos la obra de Luis de la Cruz y Ríos, ha sido D. Antonio Rumeu de Armas, historiador de prestigio nacional,

que con el rigor y la precisión con la que ha caracterizado su dilatada y fecunda carrera, nos aboceta el perfil artístico de este reputado miniaturista y retratista canario. Ya en 1988, Rumeu de Armas había tenido la oportunidad de aproximarse a la figura de este pintor con un artículo, publicado en el libro editado en homenaje a D. Juan Régulo, en el que había analizado con detenimiento los testamentos de este artista canario que vivió a caballo entre el Antiguo Régimen y el advenimiento de la sociedad contemporánea.

D. Luis de la Cruz y Ríos nació en el Puerto de la Cruz, hijo del también pintor portuense Manuel Antonio de la Cruz, y murió en Antequera, provincia de Málaga, en 1853. Como afirma el propio Rumeu de Armas, a este artista isleño «le tocó vivir una época en que triunfaba en España un Neoclasicismo moderado, con atisbos y resabios barroquizantes». Gracias a la dedicación artística de su padre, desde su más tierna infancia D. Luis de la Cruz respiró pintura en el ambiente del taller paterno, entrando en contacto con algunos de los artífices más importantes de nuestra plástica como Luján Pérez y Juan de Miranda. No obstante, a D. Luis se le puede considerar como un autodidacta que hizo, de la observación directa de los cuadros de otros creadores, la base de su formación. Después de conseguir prestigio y reputación en la sociedad canaria por sus buen quehacer pictórico, especialmente en el campo del retrato y la miniatura, sus ansias de abrirse paso en el anodino panorama artístico de la España de principios del siglo XIX le llevó a abandonar el archipiélago en 1815, para instalarse en la capital del reino. Deseoso de verse acunado por la sombra del rey deseado, el pintor canario pronto vio sus sueños convertidos realidad cuando, finalmente Fernando VII le nombró pintor de cámara, pero sin sueldo. Durante más de tres lustros, Luis de la Cruz puso su pintura al servicio de la «buena» sociedad cortesana, retratando y miniaturizando a los hombres y mujeres pululaban en los aldeaños del errático poder absolutista del nuevo Borbón. De esta manera, el artista se concentró en el género del retrato, campo donde casi siempre demostró su habilidad. Sus composiciones en este género pictórico son sobrias, en ocasiones minimalistas, tratando de captar los rasgos esenciales de la psicología de los personajes representados. D. Luis de la Cruz tratando de robar el alma de sus clientes, concentraba su mirada en las líneas maestras de los rostros y de las manos. Son obras donde los hombres y mujeres sobresalen de fondos neutros, oscuros, obras en las que los elementos secundarios son muy escasos y en las que, rara vez, irrumpe la Naturaleza. Minucioso en la representación de las joyas, de los encajes, de las texturas de las vestimentas, sin embargo, la desigualdad es una de las notas más llamativas de su producción en la que se alternan «los retratos de calidad con los medianos y los de escaso aliento pictórico». En alguno de sus cuadros se advierte «la desgana y el puro compromiso», dando la impresión de que D. Luis de la Cruz, falto de interés, se «limitaba a cumplir con los encargos, según superficiales y rutinarias fórmulas», dibujando con gran cuidado los rostros y advirtiéndose una mayor desgana en el resto de

los elementos de la composición». Este desdén hace que, a juicio de Rumeu de Armas, parte de su producción pictórica pueda inscribirse dentro del ámbito de la mediocridad.

Para el estudio crítico de la producción pictórica de D. Luis de la Cruz, el autor ha articulado su investigación en dos partes claramente diferenciadas lo cual facilita la comprensión de la figura y de la obra de este pintor. En la primera, Rumeu de Armas se ha concentrado en el análisis de la actividad desplegada por el joven pintor en el archipiélago desde 1795 a 1815, año en el que definitivamente dejó atrás las islas en busca de nuevos horizontes en la corte española. En la segunda, se describe sus peripecias en la península, donde entró en contacto con el ambiente artístico madrileño del primer del siglo XIX. Durante este largo período continental, a lo largo del cual la existencia del artista canario estuvo salpicado de momentos dulces y otros amargos, D. Luis alcanzó el sueño de convertirse en pintor de cámara del rey Fernando VII y pudo demostrar, siempre que quiso, su buen hacer en el campo del retrato y la miniatura.

Con este volumen Rumeu de Armas ha abordado un trabajo arduo y complicado del que ha sabido salir airoso. Sorprendentemente, aún hoy, la biografía y la obra de este singular artista siguen siendo una de las asignaturas pendientes de la historiografía del arte en nuestras islas y así, en la actualidad, sigue estando por hacer, una básica, urgente y completa catalogación de toda la producción pictórica de D. Luis de la Cruz. Pese a estas dificultades, Rumeu de Armas ha logrado cristalizar en su obra un cuerpo de comentarios historiográficos que, hasta este momento, se había caracterizado por su dispersión y sus grandes lagunas. En este catálogo razonado, en esta labor de sistematización de datos y obras, en su hábil manejo de las fuentes documentales, se deja entrever su condición de historiador concienzudo y esto garantiza el valor de sus conclusiones, aunque en ocasiones, se eche de menos un mayor detenimiento en las valoraciones estéticas de las obras reseñadas. Existe a nuestro juicio, una cierta descompensación en el tratamiento y la profundidad con la que se acometen la dos etapas vitales y artísticas de D. Luis de la Cruz. Mejor documentada y lógicamente, por ser la más larga, los casi cuarenta años de estancia en la península ocupan buena parte de la obra que nos presenta Rumeu de Armas. En comparación, la etapa de juventud en las islas aparece como un momento menor, muy marginal en la carrera de este pintor. Poco se habla de su faceta de miniaturista en el archipiélago y, aunque es cierto que D. Luis de la Cruz fue esencialmente un retratista y que el grueso de su producción se puede perfectamente inscribir dentro de esta categoría pictórica, no obstante durante estos primeros años de carrera artística el pintor portuense realizó algunas incursiones esporádicas a otros géneros y temáticas sobre los cuales Rumeu de Armas pasa casi de puntillas, obviando o considerando por ejemplo algunas de sus composiciones religiosas realizadas durante esta época, no con demasiada justicia, como obras de «escaso mérito, (...), anodinas y desabridas». En cualquier caso, debe reconocerse el indudable valor de

esta nueva entrega de la Biblioteca de Artistas Canarios, colección que en esta ocasión ha permitido la aparición de esta valiosa aportación de Rumeu de Armas que en el futuro, a buen seguro, se convertirá en una pieza fundamental para el mejor conocimiento de uno de los grandes pintores de las artes plásticas en Canarias.